

LA ERA DE LA IRRESPONSABILIDAD

THE IRRESPONSABILITY ERA

[JACKSON, Tim (2011). Prosperidad sin crecimiento. Barcelona: Icaria.]

Fernando Tula Molina

ftulamolina@gmail.com

UNQ-Conicet-ANPCyT

El autor de este libro (n. 1957) se dedica al desarrollo sostenible en la Universidad de Surrey y es conocido por ser la primera persona en ese país que obtuvo una cátedra en tal campo; fue Comisario de Economía para la Comisión de Desarrollo Sostenible (Reino Unido) - del cual este libro representa su informe final - y director del Grupo de Investigaciones sobre Estilos de Vida, Valores y Medio Ambiente (RESOLVE). Su recomendación final consiste en "liberar a la macroeconomía de las exigencias del crecimiento" (2011: 207) y promover una "nueva visión de la gobernaza que resalte al Estado como principal promotor de nuestra prosperidad compartida"; esto requiere "revigorizar la idea de contrato social y mandato democrático" (ídem). Los motivos para esta recomendación son muchos; los reseñaré a continuación a partir de lo que considero son sus tres principales vectores: posibilidad, legitimidad y responsabilidad.

I. Posibilidad. El primer vector tiene que ver con que "la actual visión de progreso es inalcanzable" (2011: 24). Durante las últimas dos décadas la desregulación de los mercados financieros fue promovida por el monetarismo como estímulo para la demanda. Se trata de una visión que concibe a la prosperidad en términos económico y alienta la cultura del consumo de las sociedades industriales. En su centro se encuentra la idea de destrucción creativa, la cual permite pensar en un crecimiento económico sin límites y promover la cultura de lo descartable para "convertir a los hogares en consumo

de novedades" (2011: 129). Sin embargo, sí existen límites, principalmente ecológicos, los cuales pueden hacer del clima la madre de todos ellos. Aún así, no se tiene en cuenta la capacidad del planeta de absorber la actividad económica: a partir de mitad del siglo XX tal actividad ha "sobreexplotado y degradado más del 60% de los ecosistemas" (2011: 34). Además, este contexto enfrenta el pico de petróleo para 2020 (anunciado por la International Energy Agency), lo cual supone el fin a la era del petróleo barato, y una alteración completa de la economía energética. Continuar por este camino es "totalmente contradictorio con nuestro conocimiento científico de tales límites" (2011: 37).

II. Legitimidad. El libro tiene por objetivo "cuestionar que el crecimiento económico sea legítimo en los países ricos" (2011: 41) tanto por su impacto ecológico, como por su impacto social. Debemos reconocer que el mito del crecimiento ha fallado; "mil millones de personas viven con menos de la mitad de un café" (2011: 39). El hecho incuestionable de que la desigualdad también aumentó en las sociedades avanzadas, defraudó a gran parte de la población mundial. Desde un punto de vista humano, "es completamente inaceptable que 1/5 de la población mundial gane el 2% del ingreso global, mientras el 20% más rico se quede con el 74%" (2011: 27). No se trata de un problema de aumento de población, como creía Malthus, ya que "a partir de 1800 la economía global creció 68 veces, mientras que la población creció 6 veces". (2011: 41). Se trata de un claro problema de desigualdad en el acceso. La crisis de 2008 ha mostrado el fracaso en lograr economías sostenibles: ni en términos ecológicos, ni en términos financieros.

III. Responsabilidad. A esta combinación de no atender a los límites, ni los de la naturaleza ni los de la justicia, Jackson la considera como característica de nuestra época. Es ésta la "era de la irresponsabilidad" (2011: 41) y deber acabar cuanto antes. Sin embargo, los conflictos sobre el uso de las tierras (suba de precios de alimentos y su relación con la demanda de biocombustibles) no parece un conflicto fácil de resolver en el futuro. Esto se relaciona de modo directo tanto con la crisis de endeudamiento de los países, la cual los expone a la volatilidad de los mercados (EEUU 100%, Irlanda

900%, Inglaterra 500%), como por el enorme aumento de gastos militares (EEUU: 1939 20%, 1999 54%). La crisis de 2008 resulta reveladora sobre las consecuencias del aumento irresponsable entre 1990 y 2007, tanto en el consumo como en el endeudamiento. Sin embargo en octubre de 2008 "se destinaron 7 trillones de dólares públicos para el salvataje del sistema financiero, bajo la excusa de que cualquier otra alternativa resultaba inconcebible" (2011: 43). Goldman Sachs recibió 6000 millones de dólares en concepto de rescate por parte del Estado, a pesar de que en el mismo año "pagó bonificaciones por 2600 millones, con el fin de atraer a los mejores" (2011: 45).

De modo general, la conclusión de Jackson es que los mercados no se desquiciaron en 2008 fundamentalmente por acciones de individuos deshonestos, ni por falta de regulación, sino por "las propias políticas diseñadas para estimular el crecimiento" (2011: 56), las cuales llevaron a pasar irresponsable, ilegítima y ciegamente, sobre todas las señales de aviso y comprobaciones efectivas de los sucesivos fracasos. Ante ello se vuelve imprescindible redefinir la noción misma de "prosperidad" para alimentar una nueva gobernanza "que tenga en cuenta las dimensiones sociales y psicológicas vitales" (2011: 62). Esta nueva visión debe contemplar las dimensiones de florecimiento humano, la cohesión social, un mayor bienestar y un menor impacto ecológico. Para ello, en su opinión, es necesario recuperar la sabiduría de las tradiciones antiguas que incluían "un componente moral o ético de la prosperidad" (2011: 62).

A partir de aquí Jackson explora diferentes nociones de "bienestar subjetivo" o felicidad. Siguiendo fundamentalmente a Amartya Sen, distingue entre una noción asociada a la opulencia, otra a la utilidad y una tercera asociada al florecimiento humano. La primera corresponde a la idea tradicional de satisfacción material: estamos mejor cuando tenemos más. Sin embargo, esta noción falla en percibir que "la felicidad está en gran parte supeditada a la prosperidad de quienes nos rodean" (2011: 63). Por su parte, la noción de felicidad como utilidad tiene la ventaja de "no confundir cantidad con calidad y centrarse en la satisfacción que producen los objetos" (2011: 65). Es esta

noción la que la economía tradicional traduce en términos de lo que se está dispuesto a pagar, lo cual convierte al gasto "en índice de utilidad, y lleva a creer que el PBI es un instrumento para medir bienestar" (2011: 66). Sin embargo, gran parte del gasto efectivo no está asociado con el bienestar (pe. guerras); tampoco toma en cuenta los enormes costos de pasivo ambiental que deja el crecimiento, y no valora adecuadamente las tareas domésticas. Finalmente, la noción de felicidad como florecimiento apunta a que la gente participe activamente en la sociedad. Para ello se parte de reconocer justamente que "la libertad tiene límites tanto por la finitud de los recursos, como por los límites morales que supone la explotación humana" (2011: 71). De este modo, una noción del buen vivir supone "no libertades absolutas, sino antes bien el reconocimiento de nuestras capacidades limitadas" (ídem).

Jackson explora la relación entre ingreso y derechos básicos y muestra que no hay una pauta estricta en la relación entre aumento de ingreso y mayor nivel de florecimiento. El crecimiento no garantiza un aumento en la prosperidad, ni aún en un factor básico como la esperanza de vida; así "Chile, con un ingreso de 12000 dólares (anuales per cápita) tiene una esperanza mayor que Dinamarca, cuyo ingreso es de 38000" (2011: 83). Por su parte la tasa de mortalidad infantil de Cuba, cuyo ingreso es de 6000, es menor que la de Guinea Ecuatorial, con ingresos por 8000. De modo más general observa que "Cuba, Japón y Argentina han capeado turbulencias económicas y aún así han incrementado sus índices de salud" (2011: 88).

El mito del crecimiento se asocia y refuerza con otro: el mito de la desvinculación, es decir la idea de que los avances tecnológicos permiten disminuir el impacto sobre los recursos. Podemos preguntarnos: ¿Es posible una desvinculación con crecimiento (ingresos cada vez mayores) para un mundo de 9000 millones de personas? Si bien es cierto que tanto en EEUU como en el Reino Unido se han hecho progresos vacilantes en cuanto a una desvinculación relativa - por países (40% respecto de 1980 en EEUU y Reino Unido), "la merma inicial en el uso de recursos ha aumentado recientemente (pe. cemento se ha duplicado desde 1990)" (2011: 102). Por otra parte, si consideramos la desvinculación en términos absolutos y no relativos, "la

supuesta reducción de un 6% en las emisiones de carbono entre 1999 y 2004, se convierte en un aumento del 11% cuando se computa las emisiones de importaciones y exportaciones" (2011: 100). Por el contrario, "para cumplir las metas de carbono (450 ppm), la intensidad media de carbono debería ser 55 veces inferior a la actual" (2011: 109). Resulta interesante notar aquí cómo Jackson realiza un llamamiento para una "completa descarbonización de cada dólar" (2011: 109): "cada dólar no debería superar los 6g. CO₂, lo cual es un valor 130 veces menor al actual". Es por eso que la naturaleza del cuestionamiento es esencialmente política: ¿Estamos decididos a erradicar la pobreza? ¿Nos tomamos seriamente la reducción de carbono, o estamos engeguedidos por el saber tradicional?.

A continuación Jackson explora las posibilidades de recuperación basadas en el New Deal Verde, es decir, volcar la inversión fiscal en nuevas tecnologías para enfrentar los desafíos ecológicos, "en lugar de orientarla hacia economías extractivas a corto plazo" (2011: 139). El cálculo consiste en que la inversión de 10.000 millones de dólares en áreas eco-prioritarias (tales como aislamiento término, tráfico masivo/ferrocarril, redes inteligentes de energía y energías renovables) "genera 1.700.000 empleos en 2 años, mientras que sólo generaría 600.000, si tal inversión fuese al sector petrolero" (2011: 142). En primer término, hay que tener en cuenta que "sólo el 15% de los paquetes de rescate de 2009 fueron para un Fondo Verde" (2011: 147). Por otra parte, no es éste el problema mayor, sino que tanto "las recomendaciones del PNUMA, al igual que el keynesianismo, son vistas como motor de crecimiento" (2011: 152), volviendo cualquier proyecto insostenible en el tiempo. Otro problema crucial consiste en que "no tenemos modelos para contabilizar sistemáticamente nuestra dependencia económica de las variables ecológicas" (2011: 157).

La propuesta de Jackson consiste "en alfabetizar ecológicamente a la macroeconomía" (2011: 157). Inspirado en la economía del estado estacionario de H. Daly (1972), el objetivo debe estar puesto en un flujo material bajo que no exceda la resiliencia de los sistemas. En la actualidad el PBI no considera los pasivos ambientales, pero sí considera gastos defensivos que no contribuyen al bienestar económico. Tal vez esto explique que, si bien desde 1970 los

ingresos se duplicaron en Inglaterra, "el índice de soledad aumentó en todas las regiones estudiadas" (2011: 182). Es aquí donde debe entrar en juego un concepto redefinido de "prosperidad" para repensar tanto nuestro sistema de necesidades, como el de gastos. Jackson no desconoce que todo sentido de prosperidad compartida, o florecimiento dentro de ciertos límites "se ve amenazado por el constante ascenso del materialismo" (2011: 184); el centro puesto en las mercancías impide afirmar cuándo es suficiente; reside aquí el aspecto defectuoso del mecanismo de la sociedad de consumo.

Jackson valora el creciente apetito por fuentes de satisfacción fuera del mercado convencional y las actitudes contraconsumistas de dedicar tiempo a actividades menos materialistas, como la horticultura, caminatas, disfrutar de la música o la lectura. En este sentido, hace referencia al Movimiento Slow y a los movimientos de Simplicidad Voluntaria y Downshifting; consumir menos, de manera voluntaria, "puede incentivar el bienestar subjetivo de un modo completamente opuesto al modelo actual" (2011: 188). Pero está claro que este hedonismo alternativo, si bien "puede incentivar el bienestar subjetivo de un modo completamente opuesto al modelo actual" (2011: 188), es completamente insuficiente; el voluntarismo tiene límites, por lo que se necesitan alternativas de cambio estructural.

Ahora bien, ¿a quién adjudicarle la responsabilidad de corregir la lógica del consumismo? Jackson apunta al Estado por su papel en "crear el mundo social", y recurre al contractualismo como base filosófica "para que la actividad económica se mantenga dentro de límites ecológicos" (2011: 195). Este marco general lo traduce en dispositivos de compromiso, es decir "mecanismos sociales que regulan las elecciones que hacemos hoy y las del futuro" (2011: 199). Esto no es sencillo por el papel que ya había señalado Torstein Veblen sobre los bienes materiales en la "continua reinención del yo"; aquí "el impaciente deseo del yo vacío se convierte en el complemento perfecto a la no menos impaciente innovación del empresario" (2011: 132). Así, "el lenguaje de los bienes materiales liga inextricablemente la dimensión material e inmaterial de la prosperidad" (2011: 78), con lo que la propia opulencia erosiona tales dispositivos; somos "como niños en una bombonería y no podemos resistir la

tentación" (2011: 199). Para alcanzar alternativas de cambio estructural, es necesario dismantlar esta visión materialista de la prosperidad, pero será cada sociedad la que fije "el punto de equilibrio entre egoísmo y altruismo en un punto diferente" (2011: 201).

Para finalizar, Jackson nos presenta el Circumplex de Shalom Schwartz, donde los valores humanos de universalismo, benevolencia, conformidad, seguridad, poder, logro, hedonismo y estímulo, son organizados según cuatro polos: (i) Autotrascendencia, (ii) Conservación, (iii) Automejora y (iv) Apertura al cambio. Mediante este esquema resulta posible una evaluación compleja sobre el tipo de valores que fomentan tanto las tecnologías, las infraestructuras, las instituciones y las normas sociales. Este abordaje permite ver que el propio Estado "está profundamente conflictuado luchado para favorecer las libertades de consumo por un lado, y defendiendo los límites ecológicos por el otro" (2011: 206). De este modo, ha quedado atrapado en la convicción del crecimiento, lo que representa una mira estrecha que distorsiona nuestros bienes y valores comunes. Resulta necesaria una nueva gobernanza que rescate a la economía frente a este dilema, una nueva visión que resalte al Estado como principal promotor de nuestra prosperidad compartida y "libere a la macroeconomía de las exigencias del crecimiento" (2011: 208). Esta meta es vital tanto para la economía sostenible como para la gobernanza hacia la prosperidad.

Terminada la lectura quedan interrogantes y cuestionamientos. En primer término, ¿si reconocemos que el Estado se encuentra atrapado y conflictuado en la convicción del crecimiento, podemos ser optimistas sobre su rol de promotor de un viraje radical? ¿No resulta demasiado simplista la salida contractualista para liberar a la macroeconomía de las exigencias del crecimiento? De modo general, en mi opinión - y a pesar del agudo análisis y las buenas intenciones - no termina de verse cómo el plano de las ideas, claramente radicales y colectivas, pueda materializarse en los dispositivos de compromiso... reconocidamente atacados por el individualismo, el materialismo y la falta de responsabilidad. Si todos deseamos lo mismo (pisar el acelerador del crecimiento), ¿es suficiente con profundizar el proceso de democratización



de las instituciones? Como vimos, Jackson se lo pregunta más amargamente: ¿Estamos decididos a erradicar la pobreza? ¿Nos tomamos seriamente la reducción de carbono?

Fecha de recepción: 13 de junio de 2014. Fecha de aceptación: 21 de octubre de 2014.